

Elección

"No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros" (Jn 15, 16). Estas palabras de Jesús a sus discípulos resumen toda la enseñanza de la Escritura sobre la *elección*. En ellas se concentra la elección antigua de Dios sobre Israel que hace de él un pueblo separado para reflejar la gloria de Dios y manifestar la vida que ofrece a toda la humanidad. Todo ello queda bien reflejado en la elección de Abraham (Gn 12, 1-3), padre en la fe de todos los creyentes. Esta misión la acogerá posteriormente la Iglesia, con conciencia de ser el nuevo Israel (Mt 5, 13-16).

Esta conciencia de ser un pueblo distinguido entre otros a pesar de su pequeñez y su insignificancia atraviesa toda la Escritura. Puede verse una expresión clara de esta conciencia en Dt 7, 6-8: sólo el amor de Dios por el hombre da razón de esta elección, nada más (1Jn 4, 19).

Sin embargo, el hombre pecador, desconfiado de Dios y envidioso de sus hermanos, se resiste siempre a aceptar la gracia y la generosidad de Dios: se queja cuando el otro la disfruta (Gn 4, 3-7) y cuando él mismo es el agraciado se ensoberbece hasta pensar que puede vivir sin Dios (algo que puede verse en las historias de los reyes de Israel).

Así, desde el punto de vista del hombre, la elección de unos supone el rechazo y la desgracia de otros, como muestra la conciencia de Israel a lo largo de su historia (Gn 9, 25; 27, 29). Sin embargo, desde el punto de vista de Dios, la *elección* de unos siempre está destinada a la bendición de todos. Así fue con Abraham, con Moisés, con David,... y con Jesús, consagrado por Dios para reunir en torno a sí a todos los hombres en un pueblo de hermanos.

El paso de una concepción a otra supondrá un largo camino en la historia de los creyentes. Finalmente, la *elección* al amparo de Jesucristo se extiende a todos: ya no hay divisiones entre los hombres pues todos participarán de la misma vida de Dios (Ef 2, 11-22; Gal 3, 26-29). Todos somos hijos de Adán destinados a participar del Reino de Dios como hijos suyos.

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha y los textos de la Escritura a los que remite puedes detenerte a meditar con las siguientes pautas:

* ¿Cómo experimenta nuestra sociedad y nosotros dentro de ella la riqueza y las cualidades personales: como una bendición de Dios y, por tanto, como un signo de elección o únicamente como un logro de nuestros esfuerzos?
¿Hacia dónde tendrías que caminar tú?

* ¿Cómo utilizamos las cualidades, los talentos y las riquezas con las que Dios nos ha bendecido ¿Únicamente como fuente de enriquecimiento personal o familiar o como fuente de bendición para los que me rodean? (Piensa en cosas concretas).

* Sientes que, en nuestra sociedad, en nuestra parroquia, en nuestras familias,... la elección de alguno provoca la envidia, la pesadumbre y la crítica en otros. ¿Cómo piensas que debemos reaccionar ante esta situación cuando la vemos en otros y cuando la sentimos en nuestros interior? ¿No refleja un sentimiento de inferioridad de quien todavía no ha descubierto la gracia de Dios sobre su vida?

* La elección de Dios no siempre recae en los que según nuestros criterios serían los más aptos: los ricos, los inteligentes, los poderosos, los de reconocido prestigio,... Después de meditar algunos de los textos siguientes [1Sam **16**, 1-13 (elección de David); Lc **1**, 46-55 (cántico de María); y 1Cor **1**, 26-31 (presumir de Cristo)] reflexiona sobre:

- tu pequeña misión en el mundo
- la confianza de Dios en ti
- tu mirada sobre los que el mundo no tiene en cuenta.

Alianza

Dios quiere llevar a los hombres a una vida de comunión con él y de comunión entre ellos. Esta idea es la que expresa el tema de la *alianza*. El término pertenece a las relaciones sociales con las que los hombres se ligan unos con otros a través de pactos y contratos.

El pueblo de Israel ha experimentado que Dios mismo les ha buscado para hacer un pacto con ellos, no por su propio bien, sino por el bien del pueblo. En la liberación de la esclavitud de Egipto el pueblo reconoció esta llamada a religarse uno a otro: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo" (Lev 26, 12). Dios a partir de la *alianza* se compromete a proteger al pueblo, a ser su roca de refugio (Sal 18). Por su parte, el pueblo se compromete a cumplir unos mandamientos que harán de él un pueblo bendecido, lleno de vida y paz (Ex 19, 3-8; Dt 30, 15-20). Así, a través de la *alianza*, se hace testigo de la gloria de Dios entre las naciones (Is 44, 8).

La *alianza* supone una elección previa. La mirada benevolente de Dios que salva a un pequeño pueblo para hacerlo "pueblo de su propiedad". Supone igualmente una promesa de protección y bendición que será la base de la confianza del pueblo creyente en su Dios.

La *alianza* tiene unas cláusulas que pueden resumirse en dos aspectos: a) la adoración del Dios único y el rechazo de los dioses falsos que sólo reflejan los intereses humanos (Ex 20, 1-11; Dt 4, 15-20); y b) el cumplimiento de ciertas leyes de vida social que Dios da y que buscan la implantación de la justicia en la convivencia humana (Ex 20, 12-17; 23, 1-9).

El pueblo a lo largo de su historia ha experimentado su infidelidad. Más aún, ha experimentado la impotencia para cumplir por sí mismo la *alianza*, y por eso espera el día en que Dios le de un corazón nuevo con el que pueda vivirla (Jer 31, 31-34).

Esta *alianza* se ha realizado por fin en la vida de Jesús. Él ha establecido la nueva, verdadera y definitiva *alianza* pues ha aceptado la elección de Dios y ha vivido sólo para su voluntad haciendo aparecer el Reino nuevo de justicia y paz. Sus discípulos se incorporan a esta *alianza* recibiendo de él el Espíritu de Hijos que adoran al Padre "en espíritu y verdad" y viven como un pueblo de hermanos que busca extenderse a toda la humanidad, pues la *alianza* de Dios quiere llegar a todos los descendientes de Adán.

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha y los textos de la Escritura a los que remite puedes detenerte a meditar con las siguientes pautas:

* Después de lo leído, ¿se puede tener una relación con el Dios cristiano, sin tener en cuenta sus mandatos? Lee Mt **7**, 21 y Lc **6**, 46-49.

¿Qué piensas de una relación con Él que le convierta en un “gran mago” para realizar milagros en nuestro favor? ¿Cómo te sitúas tú ante Él, eres consciente que su relación contigo es “a dos bandas”?

* La alianza que Dios estableció con su pueblo la revivimos en la celebración del bautismo. Su compromiso hacia ti (Dios te adopta como hijo suyo otorgándote su Espíritu que te acompañará siempre), ¿supone una fuente de confianza para ti en la vida concreta?.

Y ya que estás llamado a ser por el bautismo testigo de su presencia en el mundo: ¿te anima esto a asumir responsabilidades en la vida?. Lee Mt **5**, 13-16.

* Después de leer Dt **4**, 19, piensa en cuáles son los “astros” (algún amigo o familiar, un locutor de radio, un político,...) que ahora nos seducen (o de los que ahora nos dejamos seducir) y que ocupan el puesto de Dios queriendo hacer que su palabra sea más importante que la de nuestro Padre de los cielos. ¿Crees que debes “poner a alguno en su sitio” pues te has dejado llevar demasiado de él?. Lee Mc **13**, 21-23.

* Lee Lev **19**, 1-37 y fíjate en lo concreta que era la alianza para la vida cotidiana (no importa ahora si no compartes alguna de sus normas). ¿la presencia de Dios en nuestras vidas define así de concretamente nuestra existencia cotidiana?. ¿Qué podrías hacer para que así sea?.

* La alianza es siempre con un pueblo, no sólo con una persona. ¿Sientes que los demás cristianos (en especial los de tu parroquia) son miembros de una única comunidad de hermanos con la que Dios quiere ofrecer a todos una forma de vida nueva que se haga luz para la sociedad? ¿Cómo avanzar para crear en nuestras parroquias un ambiente fraternal? Intenta concretar gestos sencillos que pudieras realizar tú... y adelante.

Éxodo-Exilio

La Escritura designa como *éxodo* la salida de los hebreos de Egipto de la mano de Dios que los libera de su opresión. También la larga peregrinación de 40 años que los condujo a la tierra prometida a través del desierto. Se trata del acontecimiento central de toda la historia de Israel junto con la llegada del Mesías. En él Dios se reveló preocupado por los hombres, en especial por los más pobres, compasivo con el sufrimiento y comprometido con la vida de los que lo padecen.

Esta revelación, que está en el centro de la fe de Israel, constituye el verdadero nacimiento del pueblo (Dt 32, 5-10) que verá en Dios a un padre lleno de amor y encolerizado ante la injusticia (Ex 3, 7-9). La meditación de este acontecimiento generará la confianza en la fidelidad permanente de Dios.

El *éxodo* tiene dos dimensiones fundamentales para el pueblo. La primera el aprendizaje de la ley de Dios que les lleve a vivir de una forma nueva y haga nacer una tierra de bendición (Dt 30, 15-20). La segunda como el lugar de las tentaciones, donde el pueblo descubre que debe aprender a confiar, a creer sólo en Dios más que en sí mismo y sus ídolos (Dt 8, 1-20).

A esta acción de Dios el pueblo respondió con la idolatría y la injusticia, que llevaron al pueblo a la ruina, al *exilio* de Babilonia (Jer 2, 1-8). El *exilio* se convirtió, para los que se mantuvieron fieles, en tiempo de reconocimiento del pecado propio, confianza en la fidelidad indestructible de Dios y esperanza en un nuevo *éxodo* que reuniera al pueblo maltrecho (Is 35, 1-6; 40, 1-11).

Este *nuevo éxodo*, que abrirá las puertas de la tierra prometida y que la vuelta del *exilio* no realizó, es confesado por el Nuevo Testamento como obra de Jesús. Él, reuniendo de nuevo al pueblo, acogiendo a los pobres, enfermos, y pecadores dentro de él, los conduce a la mesa de Dios sacándoles del desprecio de los hombres. Él es el nuevo Moisés que de parte de Dios conducirá a los hombres hacia el Reino de la vida y de la paz. Para ello mostró con su vida la ley que crea la tierra prometida: "como yo os he amado amaos los unos a los otros" (Jn 13, 34). Sólo es necesario suplicar que Dios la ponga en nuestros corazones y, para esto, Jesús mismo intercede por nosotros (Jn 17, 26).

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha y los textos de la Escritura a los que remite puedes detenerte a meditar con las siguientes pautas:

* Lee Ex **3**, 7-9 y escucha despacio (lee varias veces) las palabras del Señor: ve la opresión, siente el sufrimiento, conoce la angustia, escucha los gritos,... y comienza a trabajar para liberarnos.

Pide la confianza del corazón para no desesperar de este Dios aunque no te vayan bien las cosas. Pide también la fuerza de voluntad para ayudarle en su tarea.

* El éxodo es un tiempo de aprendizaje de la ley/voluntad de Dios. ¿Existe este tiempo en tu vida? ¿cómo buscas su voluntad?. Las tablas de la ley que trajo Moisés son ahora los Evangelios que los apóstoles pusieron en nuestras manos: podrías leer un trozo de evangelio cada día (por ejemplo el de la misa, hay cuadernillos muy baratos que lo traen). No siempre es grato (Ap **10**, 8-11), pero es el verdadero alimento de vida (medita Jn **6**, 30-50).

* El éxodo también es tiempo de tentación. Puedes leer los relatos de Ex **16**, 1-20 (desconfianza en tiempos difíciles); Ex **32**, 1-6 (cambio de dioses en tiempos de miedo y soledad); Lc **4**, 1-13 (tentaciones de Jesús: bienes, poder, relevancia y seguridad). Piensa en tus tentaciones concretas y ponlas en manos del Señor para que te ayude a superarlas poco a poco. Sólo Él puede sanar tu corazón (Ez **36**, 24-28).

* No hemos de engañarnos, es difícil caminar en medio de nuestras oscuridades, sufrimientos, temores y tentaciones a la luz de la bendición de Dios... Puedes meditar (leer despacio y con silencios) Heb **11- 12**, 3: “Nosotros, fijos los ojos en Jesús... ¡no os dejéis abatir!”.

Esperanza-Mesías

Desde el principio de su historia el hombre ha experimentado la dureza de la tierra, casi su enemiga. Además su relación con los demás se desarrolla en medio de tensiones que le angustian e incluso le destruyen. Esta situación fue comprendida, en un primer momento, como castigo divino (Gn 3, 16-19). La revelación del rostro de Dios le hará descubrir que no es sino el fruto de su pecado y que en el horizonte de la actuación de Dios se entrevé una tierra de bendición y una familia de hermanos (Ap 21, 1-7). La Escritura nos traza el camino de sufrimientos, anhelos, logros y fracasos de los hombres que, levantando la vista a Dios, esperan de Él ser liberados de la estrechez de esta historia marcada por el pecado, la fatiga y el dolor.

El hombre sabe que no puede fiarse de sí mismo, siempre inclinado a la desconfianza, a la violencia y a la mentira. Por eso se vuelve a Dios con humildad y esperanza (Os 11; Lam 3, 22-33; Is 54, 4-10). Para el creyente la liberación de sus angustias es cierta aunque tarde en llegar, pues Dios es fiel y misericordioso, "la *esperanza* de Israel" (Jer 14, 8).

Esta *esperanza* cobra fuerza frente a hombres elegidos por Dios para conducir al pueblo hacia la vida. Entre ellos, Moisés y el rey David son los más importantes. Del primero se retendrá su cercanía a Dios, su liderazgo liberador, su intercesión ante Dios por el pueblo infiel y la ley que otorgó de parte de Dios. Del segundo la defensa del pueblo ante sus enemigos, asegurar su prosperidad y hacer que reinara la justicia defendiendo a los pobres y humildes (Sal 72). Ellos serán figuras del enviado definitivo (*Mesías*) que, en medio de la acogida y el rechazo como a ellos les sucedió, traerá la bienaventuranza plena.

Esta figura se cumple en Jesús. Quien le miró con fe contempló y recibió la vida esperada. Contempló: a) su actividad destinada a sacar a todos de la opresión externa e interna a la que el pecado ajeno y el propio les encadenaba (Lc 11, 20; Heb 2, 14); b) su muerte en la que manifiesta que el amor de Dios a los hombres no es quebrado ni siquiera por su rechazo (Rom 8, 31-39); c) por último, su resurrección. Jesús, atravesando las fatigas de esta tierra, las tentaciones de nuestro pecado y el rechazo de nuestros odios, fue acogido en el corazón paterno de Dios abriendo el cielo para todos (Hch 10, 36-43; Heb 4, 14-5, 9).

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha y los textos de la Escritura a los que remite puedes detenerte a meditar con las siguientes pautas:

* Muchas veces vivimos con incertidumbre frente al futuro, incluso con miedo. Sobre todo porque estamos “vacunados” por tantas cosas a las que nos hemos entregado y nos han salido mal o nunca han llegado a realizarse. Piensa en qué cosas concretas hacen que nazca en ti la desesperanza y dialógalas con Dios.

* El Señor nos invita a volver a la tarea, a no desesperar. Nos invita a trabajar con ahínco por sacar de nosotros y del mundo lo mejor de lo que él sembró. Sabemos que no bastan nuestros esfuerzos. Por eso los ponemos en manos de Dios que hace fructificar siempre el trabajo realizado aunque tengan que pasar por ser en ocasiones anulados.

Puedes meditar cómo los esfuerzos de Jesús que fructificaron en la resurrección y en la Iglesia tuvieron que pasar por el fracaso y la soledad de la cruz. Nuestra esperanza no es de románticos o ingenuos. Lee despacio 1Pe 1, 3-7.

* No basta que nosotros vivamos de la esperanza que Dios nos da, sino que debemos dar motivos a los que nos rodean para que ellos se contagien. Como dice la oración eucarística:

*“Que tu Iglesia, Señor,
sea un recinto de verdad y de amor,
de libertad, de justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella
un motivo para seguir esperando”.*

¿Qué puedes hacer tú en este sentido? ¿a qué te sientes llamado por esta oración que, de cuando en cuando, hacemos juntos en misa?.

Pecado-perdón

La historia de la salvación es el intento, repetido infatigablemente por el Dios creador, de arrancar al hombre de su *pecado*. El pecado aparece en la Escritura como el primer gesto del hombre, casi como el que lo da a luz. Un gesto que le separa de la vida a la que estaba destinado y lo conduce a la estrechez, la angustia y la violencia.

Su origen no es otro que la *desobediencia* a la voluntad de Dios. Ésta procede de la *sugestión*. "Algo" (serpiente-Satán-tentación) nos roe el pensamiento haciéndonos creer que la vida plena está lejos de esta voluntad divina, y que está unida sólo a nuestros deseos (Gn 3, 1-7). Esta sugestión nos conduce a la *desconfianza*, por eso el pecado proviene siempre de la falta de fe en Dios.

El pecado tiende siempre a envolverlo todo. Así, el primer momento de sospecha de Dios y ensalzamiento de nuestros deseos se convierte pronto en *odio* hacia nuestros hermanos. La desconfianza unida a la autoglorificación se convierte en envidia, el pecado por excelencia (Sab 2, 24). Pronto, dice la Escritura, el mundo cae en manos de la sospecha, la envidia y de la violencia que se extendió y habita en nuestra tierra persiguiendo a los justos (Abel, profetas, Jesús, mártires,...) y volviéndose también contra los mismos violentos (Sal 37, 14-17; 140, 10).

El pecado se concreta en acciones que destruyen a la humanidad (Os 4, 1-3; Mc 7, 20-23), aunque generen beneficios a algunos o en un primer momento. Pecando el hombre no logra sino destruirse a sí mismo. Si Dios nos prescribe leyes no es en su interés, sino en el nuestro, "a fin de que seamos felices y vivamos" (Dt 6, 24).

¿Cómo salir de esta esclavitud del pecado que nos lleva a la muerte? (Rom 7, 14-24). Sólo queda volverse con confianza al Dios siempre dispuesto a la misericordia (Os 14, 2-10; Lc 15). Dios no deja de intentar mostrar al hombre su amor y hacer que éste deje atrás su desconfianza y se vuelva al amparo de su bendición (Os 2, 16-25). La visita definitiva de Dios se produce con Jesús que viene a congrega a los hombres y entregarles la vida de Dios. También a los pecadores. ¿Quién no lo es? (Jn 8, 7; 9, 40).

Cristo se manifiesta como el hombre nuevo que no es vencido por el pecado (Mt 4, 1-11) sino que lo derrota no dejando que la violencia de la cruz apague su fe (Rom 6, 6-11; Heb 12, 1-2).

Él ofrece su mismo Espíritu para que podamos re-vivir, rehacer la vida desde la confianza en Dios, la obediencia a sus mandatos y el amor a los hermanos (Gal 5, 16-26). Su Espíritu, entregado con su misma vida, nos envía para que todos reciban el amor y el perdón de Dios y aparezca su paz sobre el mundo (Jn 20, 19-23).

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha y los textos de la Escritura a los que remite puedes detenerte a meditar con las siguientes pautas:

* El pecado principal es la desconfianza en Dios y el desprecio (odio, indiferencia, olvido) del hermano (sobre todo del necesitado). Tú qué dices...

* Dios se presenta en nuestra vida para que no nos engañemos a nosotros mismos envueltos en nuestras miserias y pecados. Se presenta para sanarnos. Dios busca levantarnos del barro con su perdón y compañía y luego regalarnos toda su creación: Puedes leer los dos relatos de creación del hombre Gn **1**, 26-31 y **2**, 5-25. También meditar y decirte a ti mismo las palabras que dirigió a Israel en Is **49**, 14-16.

* Dios nunca se escandaliza de nuestra vida hasta el punto de no reconocer en nosotros, aun cuando el pecado nos envuelva, hijos suyos. Pon tus miserias en manos de su misericordia con la misma meditación que hacía san Pablo en Rom **7**, 14-25. También puedes meditar Sal **103**, 8-16. Luego da gracias a Dios.

* Dios sabe que podemos vivir como hijos suyos y no se conforma con menos. Nos ha creado a imagen de su Hijo y nos regala su Espíritu para que podamos hacerlo. Ésta es la responsabilidad con la que hemos de comprometernos para no hacer nuestra vida inútil.

En la eucaristía puedes rezar después de la comunión personalizando esta oración de la plegaria eucarística V/c: *“fortalece a tu pueblo con el cuerpo y la sangre de tu Hijo y renuévanos a todos a su imagen”*.

* Lee 1Pe **5**, 6-11 y luego pon las tentaciones y pecados que te acechan de continuo bajo la mirada de Dios pidiendo ayuda.